

DESARROLLO ECONÓMICO Y ACCIÓN POLÍTICA REVOLUCIONARIA: UNA EVALUACIÓN CRÍTICA DEL DEBATE MARXISTA SOBRE EL “DERRUMBE” DEL CAPITALISMO

Gastón Caligaris

La problemática del vínculo entre el desarrollo económico y la acción política revolucionaria ha estado presente desde los inicios de la teoría marxista. El llamado debate sobre el “derrumbe” del capitalismo —llevado a cabo entre fines del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX— fue probablemente uno de los debates en donde esta cuestión tuvo el papel más preponderante. El propósito de este capítulo es realizar una reconstrucción crítica de dicha controversia focalizando nuestra atención precisamente en cómo concibió cada una de las posiciones el vínculo entre el desarrollo económico capitalista y la acción revolucionaria. Con ello busco no sólo reevaluar este debate desde una perspectiva poco analizada hasta el momento, sino también y fundamentalmente, aportar una alternativa al dilema irresuelto en que acabó dicha controversia: me refiero esencialmente a la acusación mutua de caer en una posición ya “economicista”, ya “voluntarista”, con respecto la superación del capitalismo. Según procuraré poner en evidencia, este dilema irresuelto en que concluyó la controversia se explica en lo fundamental por las deficiencias metodológicas subyacentes tras las posiciones en disputa. Más concretamente, por la incapacidad para reconocer la unidad de los fenómenos económicos y políticos como una unidad de contenido y forma.

En contraposición, sugiero que la clave para superar esta limitación pasa por realizar una lectura metodológicamente fundada de la crítica marxiana de la economía política. Este enfoque metodológico se inspira en el programa de investigación abierto por la llamada *Neue Marx-Lektüre* originada en Alemania en la década de 1970 y continuada luego en el mundo anglosajón por la llamada “nueva dialéctica” a partir de la década de 1990. Estas corrientes avanzaron notablemente en la identificación del método que subyace tras la crítica marxiana de la economía política y llamaron la atención sobre su

relevancia para comprender los fundamentos de dicha crítica. Sin embargo, se puede decir que este programa de investigación nunca logró avanzar hasta el punto de someter a examen el vínculo entre acción política y determinación económica en el momento mismo de la superación del capitalismo. Por esta razón, en este punto recupero para mi crítica una línea de investigación reciente en la literatura especializada que, bajo una perspectiva que también se fundamenta en el método que subyace tras la crítica marxiana, se ha preocupado especialmente por precisar el vínculo entre las relaciones económicas y políticas en la sociedad capitalista.

El capítulo se estructura del siguiente modo. En los cuatro apartados siguientes se realiza una reconstrucción crítica del debate en cuestión, distinguiendo las distintas etapas por las que fue pasando hasta su conclusión a mediados de la década de 1930. En los dos apartados subsiguientes se realiza un balance del debate a la luz del método que fundamenta la crítica marxiana de la economía política, se evalúan los avances al respecto en la literatura reciente, y se ofrece una solución alternativa sobre la base de una línea de investigación particular. Finalmente, en el último apartado se presentan las conclusiones principales del capítulo.

El debate sobre el destino del capitalismo en Rusia (1882-1899)

La controversia sobre el “derrumbe” del capitalismo recibe su nombre de la ronda de debates que tuvo lugar en el seno de la socialdemocracia alemana en los años 1898-1899 (Colletti, 1978). Sin embargo, contra lo que suele creerse (Sweezy, 1973; Marramao, 1976; Krätke, 2016), no es éste su origen ni su fuente más determinante y fructífera. En realidad, como lo advirtió Jacoby (1975), el verdadero punto de partida de esta controversia se encuentra unos años antes, en el contexto del debate ruso sobre el desarrollo del capitalismo en la Rusia zarista. En efecto, como veremos de inmediato, allí no sólo surgió la primera teoría del derrumbe del capitalismo fundada en la crítica marxiana de la economía política sino también los términos mismos que estructuraron las controversias posteriores y más conocidas.

El debate sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia se remonta, cuando menos, al origen del populismo ruso a mediados del siglo XIX (Venturi, 1981; Walicki, 1971). No obstante, no fue sino hasta que esta tradición intelectual se cruza con el naciente marxismo ruso, que este debate toma cuerpo y una verdadera difusión (Von Laue, 1954; Walicki, 1971). En esencia, lo que deba-

tían los populistas rusos era si el capitalismo podía desarrollarse en Rusia de la misma manera en que lo había hecho en Occidente y, más provocativamente aún, si debido a la existencia de una “comuna rural” peculiar era posible evitar el paso por el capitalismo para alcanzar una sociedad socialista. Tal como se lo presentaba Zasúlich al propio Marx, la cuestión que se presentaba a los populistas era la siguiente: o “bien esta comuna rural” era “capaz de desarrollarse por la vía socialista” o, “por el contrario, la comuna está destinada a perecer” y no queda más que “averiguar dentro de cuántos decenios tendrá el capitalismo en Rusia un desarrollo semejante al de Europa” (Zasúlich, 1980: 29).

El primer intento populista dedicado a dilucidar esta cuestión sobre una base científica de inspiración marxista lo realizó Vorontsov en una serie de artículos editados finalmente en su libro *El destino del capitalismo en Rusia* (Vorontsov, 1882). Este autor partía de una lectura de la crítica marxiana de la economía política según la cual el desarrollo del capitalismo en un país estaba sujeto a la existencia de un mercado cada vez más amplio que, por entonces, sólo podía estar garantizado por el acceso al mercado externo. Y por haber “entrado en el camino del progreso más tarde que otros”, Rusia carecía de este acceso y, en consecuencia, de la posibilidad de desarrollar internamente el capitalismo (Vorontsov, 1882: 274, citado en Kindersley, 1962: 15). En suma, aunque el argumento de Vorontsov buscaba probar la imposibilidad del desarrollo del capitalismo en Rusia, lo que ante todo probaba era la inviabilidad del capitalismo mismo como modo de producción. Aunque con ligeras variantes, esta misma explicación del destino histórico del capitalismo fue adoptada rápidamente por la mayoría de los populistas. La figura más destacada entre ellos fue Danielson, a la sazón asiduo corresponsal de Engels y traductor de los primeros dos tomos de *El capital* al ruso. “La creación de la plusvalía y su realización”, escribía Danielson, “son dos cosas diferentes”; es por eso “que el capitalista no podrá subsistir un día si su comercio está limitado solo a sus necesidades y a las de sus obreros, y la nación capitalista desarrollada no podrá tampoco limitarse a su propio mercado interior” (Danielson, 1902: 252–254).

Esta línea de razonamiento se topó rápidamente con severas críticas. Pero no lo hizo tanto por su falta de correspondencia con la realidad rusa sino por su inconsistencia con la explicación marxiana del capitalismo. En efecto, el punto de partida común de todas estas críticas fue defender una interpretación de la obra de Marx según la cual el capitalismo creaba sus propios mercados y, en consecuencia, su reproducción no encontraba tales límites económicos inmanentes. Nacía de este modo la primera ronda de la con-

troversia sobre el derrumbe del capitalismo. Las críticas más elaboradas en este sentido fueron las de Lenin (1974d, 1974b, 1974c), Tugán-Baranovsky (2015), y Bulgákov (2015). Estos autores basaron la esencia de su argumentación en una reconstrucción de los esquemas de reproducción del capital social global que Marx había diagramado en la sección tercera del segundo tomo de *El capital*. En pocas palabras, el argumento común fue que como el objetivo de la producción capitalista no es la satisfacción del consumo individual sino la valorización del valor, el plusvalor se realiza mediante el consumo productivo que amplía la escala de la producción, lo cual se expresa en la reproducción ampliada permanente de los medios de producción. Así, por ejemplo, Bulgákov sostenía que

la producción capitalista es capaz de crecer ilimitadamente, a pesar de —o incluso contra— la reducción del consumo [...]. Sólo Marx ofreció el análisis del vínculo real: [...] el aumento de la producción, como ya lo hemos señalado, tiene como límite los volúmenes de capital y sólo depende de éstos (Bulgákov, 2015: 73).

En lecturas más célebres de este debate, las posiciones esgrimidas con relación al desarrollo del capitalismo suelen vincularse de manera más o menos directa a las perspectivas más generales adoptadas por sus principales portavoces respecto de la acción política. Así, el debate se presenta en términos de oposiciones tales como “populistas” versus “marxistas legales”, o “reformistas” versus “revolucionarios”; por ejemplo, en los análisis de Luxemburgo (1968a), Rosdolsky (1989), Jacoby (1975). Sin embargo, el caso es bastante más complejo. En primer lugar, muchos “populistas” eran probablemente mucho más “marxistas” que los llamados “marxistas legales”; por caso, Danielson en relación con Tugán-Baranovsky. En segundo lugar, y de manera determinante para los propósitos de este capítulo, es importante observar que las dos posiciones puestas a debate no se vinculan respectivamente a concepciones “reformistas” o “revolucionarias” de la transformación de la sociedad, ni mucho menos a concepciones que afirman o cuestionan la necesidad de la superación del capitalismo. Ante todo, para los populistas el diagnóstico de que el capitalismo no podía reproducirse indicaba ciertamente la posibilidad del desarrollo de la “economía campesina”, pero en ningún caso la forma —reformista o revolucionaria— en que este desarrollo debía llevarse a cabo. Más expresivo de esta desconexión entre la concepción sobre el desarrollo económico y forma de la acción política que se proponía, es el caso de los críticos de los populistas. El punto salta a la vista con sólo considerar que autores tan

políticamente contrapuestos como Tugán-Baranovsky y Lenin compartían el mismo diagnóstico respecto de la capacidad puramente económica del capitalismo para desarrollarse y de la necesidad de la superación de este modo de producción. En efecto, ni la concepción “reformista” de uno ni la “revolucionaria” del otro estaban vinculadas con su diagnóstico del capitalismo como un modo de producción económicamente autosuficiente y al que sin embargo había que superar. En el caso Lenin esta desconexión es tan manifiesta que, tal como él mismo lo indicaba explícitamente en su célebre *¿Qué hacer?*, de la reproducción puramente económica del capitalismo no hay manera de que brote la “conciencia socialista” que revolucione la sociedad; de ahí que hubiera que aportar esta conciencia “desde fuera” de dicha reproducción (Lenin, 1976: 391). En el mejor de los casos, tal como lo observaba Lenin en el contexto del debate que analizamos, la contradicción económica que subyace tras desarrollo del capitalismo, esto es, “la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter individual de la apropiación”, podría hacer “*más fácil* [...] encontrarle una salida” a este modo de producción, pero no subvertirlo por sí misma (Lenin, 1974e: 164, cursivas del original).

En este punto, y a modo de conclusión del análisis de este primer debate sobre el “derrumbe” del capitalismo, se puede sostener que si bien la controversia se inicia poniendo el eje en las implicaciones que tiene para la acción política la concepción que se adopte respecto del desarrollo económico del capitalismo, el resultado del debate es que, en cualquiera de las posiciones que se presentan, la conexión entre desarrollo económico y acción política acaba mostrándose como sumamente débil, sino directamente nula. En otras palabras: en ningún caso la acción política se desprende como una necesidad inmanente del desarrollo económico.

El debate sobre la “teoría del derrumbe” en la socialdemocracia alemana (1898-1902)

Hacia fines del siglo XIX Alemania aparecía manifiestamente formando parte de las naciones “capitalistas” más avanzadas. Por consiguiente, la discusión entre los marxistas no pasaba por el desarrollo del capitalismo en una sociedad supuestamente “precapitalista” sino por el modo en que el capitalismo ya dominante evolucionaba. Más precisamente, la cuestión pasaba por evaluar si la evolución del capitalismo coincidía con las tendencias generales presenta-

das por Marx en *El capital*. Las distintas concepciones que se fueron forjando al respecto en esos años dieron lugar a lo que se llamó el “debate revisionista” (Tudor y Tudor, 1988). En esencia, este debate enfrentaba a marxistas que proponían revisar y corregir las concepciones de Marx sobre la evolución del capitalismo, con marxistas que procuraban defenderlas a rajatabla. En este contexto, la cuestión del “derrumbe” del capitalismo fue, si no el eje mismo de esta controversia —como sugiere Colletti (1975: 81)—, con seguridad uno de los puntos más extensa y apasionadamente discutidos. Consideremos las posiciones más relevantes.

El primero en plantear esta cuestión fue Eduard Bernstein, fundador y mayor representante de la posición “revisionista”. Según este autor, entre los marxistas imperaba una concepción fatalista de la superación del capitalismo cuyo eje era el derrumbe catastrófico del sistema motivado por una crisis económica insuperable. Bernstein, en cambio, encontraba que “un derrumbe total y prácticamente simultáneo del actual sistema de producción no dev[enía] más probable, sino más improbable, debido al desarrollo progresivo de la sociedad” (Bernstein, 1982: 74). Las respuestas por parte de los llamados “marxistas ortodoxos” no tardaron en llegar.

De acuerdo con Luxemburgo, la crítica de Bernstein no cuestionaba simplemente la idea del derrumbe catastrófico del capitalismo sino asimismo el conjunto de premisas que fundamentan la necesidad del socialismo. En este sentido, la respuesta de esta autora apuntó tanto a defender la existencia de un derrumbe del capitalismo como a precisar las condiciones que conducen a que, en vez de caer en una situación social irreproducible, llegue el socialismo. “En primer lugar y ante todo”, sostenía Luxemburgo, “la *anarquía* creciente de la economía capitalista [...] convierte su caída en un resultado inevitable”; de ahí que sea necesario esperar un “momento en que [el capitalismo] se derrumba y se torna simplemente imposible”. Pero además, de manera paralela a esta “*anarquía* creciente” se desarrolla, por un lado, la “*socialización* del proceso de producción” y, por otro, “el *poder* y el *conocimiento* de clase crecientes del proletariado”, esto es, dos condiciones sin las cuales, aun tras el derrumbe, no se podría desarrollar el socialismo (Luxemburgo, 2010: 105). Su punto fundamental era que Bernstein, al negar el derrumbe, acababa negando también estas dos condiciones. En el primer caso, porque la “socialización del proceso de producción” quedaba reducida a su “forma *capitalista*”; y en el segundo, porque “la conciencia de clase del proletariado” ya no era el “reflejo intelectual de las contradicciones cada vez más agudas del capitalismo y de su inminente caída [...] sino un mero ideal” (Luxemburgo, 2010: 107). De

este modo, el argumento de Luxemburgo parecía vincular el derrumbe del capitalismo con la acción política revolucionaria, y a la negación del mismo con la acción política reformista. Dejando a un lado su moderación, la respuesta de Kautsky no fue muy diferente a la de Luxemburgo: “[La] forma de producción capitalista” sostenía este autor, “se hace imposible desde el momento en que el mercado no se extiende en la medida que la producción, es decir, desde que el exceso de producción se hace crónico” (Kautsky, 1966: 181-182). Luego, al igual que en Luxemburgo, en el argumento de Kautsky aparecía la lucha de clases para dar el paso al socialismo que el propio desarrollo económico del capitalismo era incapaz de dar. En su caso, sin embargo, el desarrollo de la lucha de clases no se fundamentaba tanto en la “anarquía de la producción” como en la “miseria” relativa creciente de la clase obrera (Kautsky, 1966: 150 y ss.). Por eso, en su presentación, la conexión entre derrumbe y lucha de clases aparecía más débil que en Luxemburgo. A tal punto era así que, según Kautsky, la lucha de clases podía provocar la caída del capitalismo aun “antes” de que se presentara una situación de crisis económica terminal (Kautsky, 1966: 185-186).

El próximo paso en el debate alemán se dio apenas dos años más tarde, con la publicación de la traducción al alemán de la segunda edición del libro de Tugán-Baranovsky sobre las crisis industriales en Inglaterra. Los argumentos principales de este libro eran los mismos de su primera edición en 1894, cuando el autor polemizaba con los populistas marxistas; en pocas palabras: el capitalismo era un modo de producción autosuficiente y carecía de todo límite inmanente. Pero entre una edición y otra había salido a la luz el tercer tomo de *El capital* y Tugán-Baranovsky se había convertido en un severo crítico de Marx; en particular de la explicación de las crisis que se ofrecía en este último tomo. Según Tugán-Baranovsky, Marx y en su momento los marxistas, consideraban que por su pura dinámica económica, el capitalismo debía forzosamente llegar a un punto en que no podría reproducirse por sí mismo y que con ello se demostraba la necesidad inevitable del socialismo. “Marx creía”, afirmaba Tugán-Baranovsky,

que, una vez alcanzada cierta etapa de desarrollo, la sociedad capitalista no podría subsistir más. Su transformación en una sociedad socialista tendría entonces una necesidad económica. [...]. Nuestro análisis de las condiciones de realización del producto social nos ha demostrado la debilidad de este punto de vista (Tugán-Baranovsky, 2000).

La reacción contra el libro de Tugán-Baranovsky fue inmediata. En este punto los marxistas armaron un frente común asumiendo que en Marx había una teoría del derrumbe y que había que defenderla a rajatabla porque sin ella no había explicación posible para la superación del capitalismo (Schmidt, 1978; Kautsky, 1978; Boudin, 1920).¹ Sin embargo, aun en las repuestas más elaboradas, los marxistas no avanzaron en su argumentación mucho más allá de lo que lo habían hecho en el debate con Bernstein. Con respecto a la conexión entre derrumbe y acción política, también se repitieron argumentos similares, aunque esta vez esgrimidos por distintos autores. Por ejemplo Kautsky adoptó una posición más cercana a la que había tenido Luxemburgo en el debate anterior, al sostener que, frente a la crisis terminal, la clase obrera “se ve obligada a buscar una salida para la miseria generalizada, y solo puede encontrarla en el socialismo”, aunque aún se mostraba confiado en que tal disyuntiva podía evitarse si la clase obrera conquistaba el poder “a tiempo para darle al desarrollo (económico actual) otra dirección” (Kautsky, 1978: 233). Mientras que Schmidt puso más énfasis en que la clase obrera debía conquistar el poder político *antes* de la crisis, porque en un “ambiente social” catastrófico “las reformas económicas de tendencia socialista” podrían lograr “muy poco” (Schmidt, 1978: 185).

Consideremos cuál es el saldo que deja el debate alemán respecto del vínculo entre el desarrollo económico y la acción política. A primera vista pareciera que con la aparición del libro de Tugán-Baranovsky la posición anti-derrumbista queda definitivamente vinculada a la acción política reformista y al revisionismo. Como hemos visto, estas asociaciones son comunes en las lecturas clásicas de estos debates. Sin embargo, también aquí el caso es más complejo de lo que aparenta. En efecto, ya hemos visto que en Tugán-Baranovsky la necesidad de una acción política reformista no surge del hecho de que el capitalismo sea un modo de producción autosuficiente. Por su parte, si se lo examina detenidamente, en el argumento de Bernstein tampoco la acción reformista surge de la capacidad de adaptación del capitalismo. Y el caso no es distinto del lado de los llamados “derrumbistas”. En Kautsky y Schmidt la desconexión entre desarrollo económico y acción política se presenta palmaria e inequívocamente en el hecho de que la clase obrera se tiene que

¹ La excepción más significativa fue Hilferding; en su célebre obra *El capital financiero* recuperó, aunque con reservas, el enfoque de Tugán-Baranovsky para explicar las crisis (Hilferding, 1963: 274 n.; 316 n.; 317 n.; 321).

“anticipar” a la situación de crisis terminal y, por lo tanto, el eventual carácter de su acción política no puede estar en absoluto conectado con tal destino final del capitalismo. En Luxemburgo, si bien frente a la tendencia inexorable del capitalismo hacia su derrumbe la acción política reformista no tiene razón de existir o, más bien, resulta necesariamente impotente, nada nos dice que la anarquía de la producción, más o menos aguda, vaya a motivar una acción de carácter revolucionario. En este punto, de hecho, el argumento de Luxemburgo no va más allá del argumento clásico de la socialdemocracia según el cual la acción política revolucionaria brota de la creciente miseria de la clase obrera. En conclusión, pese a que se presentaron argumentos diferentes, el resultado del debate alemán no se aleja del que había dejado el debate ruso: la conexión entre derrumbe y acción política no alcanza aquí tampoco a tener un carácter inmanente; es decir: del desarrollo económico no se desprende la necesidad de existir ni la forma de la acción política de la clase obrera.

El debate Luxemburgo (1913-1924)

La respuesta más importante que va a recibir el libro de Tugán-Baranovsky va a llegar unos años más tarde con la aparición del libro más conocido de Luxemburgo: *La acumulación de capital* (Luxemburgo, 1968a). Pese a la extensión y minuciosidad de su exposición, el argumento de esta autora era bastante simple. Según postulaba, el principal problema que debía resolverse en la discusión sobre el destino del capitalismo era “de dónde ve[nía] la demanda constantemente creciente en que se fundamenta la ampliación progresiva de la producción” (Luxemburgo, 1968a: 107). Luego sugería que esta demanda sólo podía provenir de “un círculo de adquirentes que estén fuera de la sociedad capitalista” (Luxemburgo, 1968a: 317). Bajo esta dinámica, concluía Luxemburgo, la acumulación de capital llega a un “callejón sin salida” y se “hace imposible”, y “la imposibilidad de la acumulación significa, en la producción capitalista, la imposibilidad del desarrollo ulterior de las fuerzas productivas, y, con ello, la necesidad histórica objetiva del hundimiento [*Untergang*] del capitalismo” (Luxemburgo, 1968a: 384-385). En este contexto, y en línea con su argumentación en el debate con Bernstein, esta autora señalaba que el socialismo sólo podía ser el resultado de la acción política revolucionaria de la clase obrera que se anticipe al derrumbe del sistema (Luxemburgo, 1968a: 345).

Salvo contadas excepciones, la recepción del libro de Luxemburgo fue absolutamente negativa (Gaido y Quiroga, 2013; Krätke, 2016). En Alema-

nia, autores “revisionistas” como Schmidt (1915), “centristas” como Eckstein (2012) y Bauer (1978), y hasta “izquierdistas” como Pannekoek (2012) criticaron la obra de modo implacable. Y en Rusia, sentencia de Lenin mediante (1968, 1977b, 1977a: 181-182), los bolcheviques también rápidamente la desestimaron. En esencia, todas estas críticas apuntaron a defender una interpretación de la explicación de Marx de la dinámica de la acumulación de capital en donde no se encontraban límites a la realización del plusvalor. En pocas palabras: apuntaron a negar la existencia de un derrumbe del capitalismo motivado por una dinámica puramente económica. En relación con la conexión entre desarrollo económico y acción política, los críticos de Luxemburgo no realizaron innovaciones respecto a instancias anteriores al debate. Más llamativo aún es que, viniendo de posiciones políticas tan diversas, estos críticos acabaran presentando posiciones muy similares en relación con esta conexión. Consideremos especialmente las dos críticas que se convirtieron en el curso del debate en las respuestas “oficiales” al enfoque Luxemburgoista dadas por la socialdemocracia alemana (Bauer, 1978) y por los bolcheviques (Bujarin, 1974), respectivamente, y que por lo demás son expresiones de posiciones políticas abiertamente contrapuestas.

Respecto a la cuestión de la superación del capitalismo, la respuesta de la socialdemocracia alemana se limita a recuperar su línea de argumentación histórica presente desde el programa de Erfurt Kautsky (1910) y luego esgrimida por Kautsky en su respuesta a Bernstein. En pocas palabras, la clase obrera reaccionará frente a sus condiciones crecientemente empobrecidas tomando el poder político del Estado e imponiendo el socialismo. “El capitalismo”, decía Bauer, “no fracasará a causa de la imposibilidad mecánica de realizar el plusvalor. Sucumbirá, en cambio, a la rebelión hacia la cual impulsa a las masas del pueblo” (Bauer, 1978: 363). A primera vista, puede resultar llamativo que Bauer pueda recuperar esa línea de argumentación tomando una posición contraria a la teoría del derrumbe del capitalismo, pues como se recordará, esta posición anti-derrumbista era la que tenían los “revisionistas” y contendientes de Kautsky. Sin embargo, Bauer puede realizar esta operación precisamente porque, como también hemos visto, en dicha línea de argumentación la conexión entre derrumbe y acción política revolucionaria de la clase obrera es sumamente débil.² De parte de los bolcheviques la

² Asimismo, dicho sea de paso, tal es la base sobre la que el Kautsky de posguerra podrá cambiar radicalmente su posición respecto al derrumbe del capitalismo sin modificar su concepción

respuesta no es muy diferente. En esencia, esta crítica pasa por presentar la guerra imperialista como la causa de la miseria y, a su turno, de la rebelión de la clase obrera contra el capitalismo. “Hoy ya estamos en condiciones de permitirnos emitir juicio, sobre el proceso del derrumbe capitalista, que no se base ya simplemente en construcciones abstractas y perspectivas teóricas. El derrumbe del capitalismo se ha iniciado”, sostenía Bujarin. “La revolucionarización del proletariado tuvo que ver, indudablemente, con la ruina económica, ésta con la guerra, la guerra con la [...] política imperialista en general” (Bujarin, 1974: 129-130). En suma, al igual que en el caso de los socialdemócratas alemanes, para Bujarin la acción política revolucionaria de la clase obrera y, por consiguiente, la superación del capitalismo, surgía de las condiciones crecientemente miserables a las que se ve sometida la clase obrera en este modo de producción.

Escrita en 1915 y publicada póstumamente en 1921, la respuesta de Luxemburgo a sus críticos —popularmente conocida como la *Anticrítica*— repite esencialmente los mismos argumentos que su obra original (Luxemburgo, 1968b). Lo interesante de esta respuesta, tal como lo observa agudamente Jacoby (1975), es que aquí Luxemburgo se defiende particularmente contra la acusación de economismo y mecanicismo. En este punto, la defensa de esta autora pasa por sostener que la tendencia económica hacia el derrumbe del capitalismo no lleva por sí misma al socialismo; que lo que se necesita ante todo es la acción política revolucionaria de la clase obrera y, más precisamente, que esta acción se lleve a cabo —antes de que acontezca efectivamente dicho derrumbe— motivada por una situación económica crecientemente insostenible. “La tendencia objetiva de la evolución capitalista hacia tal desenlace”, sostenía Luxemburgo, “es suficiente para producir mucho antes una tal agudización social y política de las fuerzas opuestas, que tenga que poner término al sistema dominante” (Luxemburgo, 1968b: 470). Si se lo examina detenidamente, el argumento de Luxemburgo respecto del vínculo entre el derrumbe y la acción política revolucionaria, no es muy diferente del que esgrimía en su debate contra Bernstein. Lo interesante de esta nueva presentación no es sólo que resulta mucho más precisa que la anterior sino que se da en un contexto de acusación de “economicismo” y “mecanicismo” que obliga a dar cuenta del vínculo preciso que hay entre el desarrollo económico y la acción política. En este sentido, se puede decir que la argumentación de Luxemburgo responde

general sobre el vínculo entre las relaciones económicas y políticas (Kautsky, 1988: 424-456).

convincentemente a la acusación de sus críticos al incluir la acción política de la clase obrera como un momento necesario de la superación del capitalismo. Sin embargo, la conexión de esta acción con el desarrollo económico continúa siendo sumamente débil y, en esencia, de la misma naturaleza que la conexión que presentan sus críticos: la situación económica crítica, que se desarrolla por sí misma, motiva la acción revolucionaria al hacer visible el estado miserable en que se encuentra la clase obrera. En otras palabras, no es que el propio proceso económico necesite de la acción política revolucionaria de la clase obrera para desarrollarse, sino que por un lado existe el desarrollo económico y por otro la acción política revolucionaria que se opone a él.³

En suma, si consideramos cómo se presenta la cuestión del vínculo entre desarrollo económico y acción política, en esta instancia del debate nos encontramos otra vez con resultados similares a los que arribamos en instancias anteriores. Pero ahora el escenario está más claramente definido. No sólo ninguna de las dos posiciones en disputa llegó a presentar una conexión inmanente entre desarrollo económico y acción política, sino que ambas posiciones acabaron presentando exactamente la misma conexión exterior: por un lado está el desarrollo económico que conduce por sí mismo a una situación crítica; por el otro está la clase obrera que reacciona a esta situación.

El debate Grossmann (1929-1934)

El último estertor del debate sobre el derrumbe tuvo lugar con ocasión de la publicación del libro de Grossmann *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista* (Grossmann, 1979).⁴ De acuerdo con este autor, la acumulación de capital lleva consigo la tendencia hacia su propio derrumbe; pero no lo hace por un problema de “realización” del plusvalor, como hasta entonces habían sostenido los adherentes a la teoría del derrumbe, sino por

³ En este sentido, no parece casual que la célebre frase “socialismo o barbarie” con la que se recuerda el enfoque de Luxemburgo sobre el derrumbe no perteneciese a Engels, como pensaba esta autora (Luxemburgo, 2008: 278), sino a Kautsky, cuyo enfoque se presentaba en las antípodas del de Luxemburgo (Angus, 2015).

⁴ Se deja a un lado aquí la influyente obra de Fritz Sternberg *El imperialismo* (1979), en la medida en que, por una parte, no avanza sustantivamente en los argumentos que había presentado Luxemburgo en su *Acumulación de capital*, y por otra, en que es rápidamente desplazada en el debate por la aparición de la referida obra de Grossmann.

la “falta” de plusvalor para satisfacer las necesidades de la prosecución de la propia acumulación de capital. Llegado cierto punto, concluye Grossmann, “los capitalistas deberán alimentarse del aire [...] el sistema sufre un colapso, la crisis del sistema que sobreviene de este modo expresa el derrumbe de la valorización” (Grossmann, 1979: 83). Lo que explica este derrumbe, como lo precisa más adelante, es que la acumulación “*se desenvuelve en base a una composición orgánica del capital progresivamente creciente*”, de modo que el plusvalor producido, aun con una población creciente, “siempre aumenta menos que el capital” (Grossmann, 1979: 120).

Lo interesante del enfoque de Grossmann no es sólo que saca el foco de análisis del derrumbe del problema de la realización del plusvalor (Shaikh, 1978: 236), sino que asimismo termina por cambiar la perspectiva del vínculo entre el desarrollo económico y la acción política sacándolo de la disyuntiva “reformismo” o “revolución” para situarlo en la de “economicismo” o “voluntarismo”. En efecto, lo que subyace bajo toda la presentación de este autor es una crítica a la concepción derrumbista precedente como una concepción “fatalista” o “economicista”. En particular Grossmann discute la posición de Luxemburgo por cuanto lleva “implícita [...] la idea de un punto límite final del capitalismo [que es] irreconciliable con la concepción marxiana de la lucha de clases” y que por tanto “bien puede ser calificada como una recaída en el fatalismo quietista, en virtud de la cual no hay lugar para la lucha de clase” (Grossmann, 1979: 19-20). El argumento principal de Grossmann en este punto es que la superación del capitalismo no va a suceder sin la participación activa de la clase obrera, pero no simplemente porque la clase obrera es la que en definitiva va a tener que tomar en sus manos la organización consciente del proceso de producción social, sino en particular porque el momento del derrumbe va a depender de la masa de plusvalor disponible, que a su vez depende de la lucha de clases. Así, hacia el final de su libro señala que la “irrupción” del derrumbe

en realidad, y dentro de ciertos límites, está sujeta a la influencia de enfrentamientos conscientes de las dos clases consideradas. [...]. La lucha de la clase obrera por sus reivindicaciones cotidianas se vincula así con su lucha por el objetivo final. El objetivo final por el que la clase obrera combate, no se trata pues de un ideal introducido ‘desde el exterior’ en el movimiento obrero (Grossmann, 1979: 388-389).

La contribución de Grossmann fue rápida y ampliamente discutida en varios círculos del marxismo. Sin embargo, salvo en contadas excepciones, fue

duramente criticada. En esencia, todas estas críticas pasaron por objetarle al argumento de Grossmann la rigidez que asumen las variables que componen su modelo (Howard y King, 1988; R. Kuhn, 2004). En relación con el vínculo entre desarrollo económico y acción política, el enfoque de Grossmann fue discutido especialmente por los “comunistas de izquierda”. Las contribuciones principales fueron las de Korsch (1978a, 1978b), Pannekoek (1978) y Mattick (1934, 1978a, 1978b). Considerémoslas sucintamente.

Korsch criticó a Grossmann por recaer en una línea interpretativa “objetivista” del curso de la sociedad capitalista, que en tanto tal no es “capaz de suministrar la seria garantía de la acción consciente de la clase proletaria en lucha por sus objetivos propios” (Korsch, 1978a: 130). En pocas palabras, Korsch buscó aplicarle a Grossmann la misma crítica que éste le aplicó a Luxemburgo, esto es, que su teoría no dejaba lugar para la lucha de clases. A esta posición, y procurando no caer en lo que según este autor sería el extremo opuesto al “subjetivismo”, opuso “una posición auténticamente materialista” según la cual la crisis terminal tenía el papel del mito “soreliano” para la acción práctica de la clase obrera, esto es, sólo tenía sentido en tanto que motivaba la acción política revolucionaria (Korsch, 1978a: 130). Por su parte, la crítica de Pannekoek fue en el mismo sentido. Según este autor, Grossmann explicaba el derrumbe del capitalismo “sin que haya una clase revolucionaria que combata y venza a la burguesía” (Pannekoek, 1978: 70). Pero a diferencia de Korsch, este autor presentaba, en lo relativo a la superación del capitalismo, una posición que buscaba preservar la determinación económica real de la acción política de la clase obrera: presentaba las manifestaciones de la crisis económica determinando la voluntad del proletariado. “El socialismo”, afirmaba este autor, “viene no porque el capitalismo se derrumbe económicamente [...] viene porque el capitalismo, tal como vive y crece, se vuelve cada vez más insostenible para los obreros y los lanza a la lucha” (Pannekoek, 1978: 80-81). En contraposición, las contribuciones de Mattick buscaron defender los argumentos de Grossmann. Ante todo, Mattick rechazó “toda concepción mecánica del derrumbe del capital” por considerar que sólo veía un aspecto del “proceso dialéctico” (Mattick, 1978a: 134), y defendió a Grossmann por “limitarse por *razones metodológicas*, en su análisis de la ley de la acumulación, a la definición de supuestos meramente económicos”. Así, según este autor, Grossmann “no sost[uvo] un punto de vista ‘puramente económico’, sino dialéctico, para el cual toda abstracción es tan solo un medio para el reconocimiento de la realidad” (Mattick, 1978b: 86-87). En consecuencia, de acuerdo con Mattick, había que considerar que “la crisis mortal del capitalismo no sig-

nifica que el sistema se suicida, sino que la lucha de clases asume formas que conducen al derrocamiento del sistema” (Mattick, 1934: 20). Sin embargo, en cuanto a la conexión concreta entre desarrollo económico y acción política, la posición de este autor se alejaba —aunque sin advertirlo— del enfoque de Grossmann. Para Mattick, en efecto, la lucha revolucionaria de la clase obrera por la superación del capitalismo se explicaba finalmente por la pauperización que sufría esta clase como producto de la crisis mortal del sistema. No es sino hasta el momento en que “el capital puede seguir existiendo únicamente en base a la pauperización absoluta y continua de las masas”, afirmaba Mattick, “cuando trastoca esta lucha económica, resulte esto consciente o no para las masas, en lucha política” (Mattick, 1978b: 105).

Consideremos las contraposiciones en lo relativo al vínculo entre desarrollo económico y acción política que deja esta última instancia del debate. A primera vista parece que las posiciones van desde un extremo economicista representado por Grossmann, a otro extremo voluntarista representado por Korsch, pasando por posiciones intermedias representadas por Pannekoek y Mattick. Sin embargo, al examinar más detenidamente las posiciones, vemos que tienen más en común de lo que parece. En el caso de Grossmann, si bien el capitalismo no puede superarse sin la existencia del derrumbe económico y en este sentido puede ser calificado de “economicista”, la acción política revolucionaria de la clase obrera que lleva a cabo tal superación surge únicamente en “reacción” al derrumbe efectivo o inminente del sistema. Por tanto, como en el enfoque “voluntarista”, en la argumentación de Grossmann la acción política revolucionaria de la clase obrera surge simplemente como afirmación de la libre voluntad humana contra el movimiento opresivo del capital. Más aún, incluso en el caso de la acción política sindical, que es la que se presenta explícitamente como el factor subjetivo del derrumbe del capitalismo, se trata de una acción política igualmente exterior al desarrollo económico en la medida en que su fuerza para imponer la masa de plusvalor que determina el momento del derrumbe, no surge de la propia dinámica de la acumulación de capital sino de la mera lucha de clases. En este sentido, la concepción de Korsch respecto del vínculo entre desarrollo económico y acción política es exactamente la misma. En su argumentación también la acción política revolucionaria surge por fuera del desarrollo de la acumulación de capital y como reacción a éste, más no sea por la situación económica de crisis que alimenta el mito del derrumbe. Y esta misma desconexión es más evidente en las posiciones de Pannekoek y Mattick en la medida en que éstas no se apartan en lo esencial de las posiciones marxistas más tradicionales. En

suma, todos estos enfoques pueden ser interpretados igualmente como “voluntaristas”, en el sentido de que la acción revolucionaria brota desde fuera del desarrollo económico, o bien como “economicistas”, en el sentido de que lo que determina el destino del capitalismo no es la acción política revolucionaria de la clase obrera sino el desarrollo económico. En consecuencia, detrás de la aparente contraposición entre “economicismo” y “voluntarismo” lo que subyace es la misma concepción respecto del vínculo entre desarrollo económico y acción política que está presente desde el inicio del debate: por un lado está el desarrollo económico y por otro lado la acción política revolucionaria de la clase obrera que se opone a él.

Una crítica metodológica y los límites del enfoque de la “nueva dialéctica”

En el curso de nuestro análisis de la controversia sobre el derrumbe del capitalismo hemos visto que, a pesar de las mutuas acusaciones esgrimidas por los contendientes, de las posiciones adoptadas frente al “derrumbe” no derivan ni la disposición a una acción política revolucionaria o reformista, ni la adopción de una concepción economicista o voluntarista del curso de la vida social. Como se ha procurado mostrar en cada instancia del debate, lo que habilitan estas desconexiones es la concepción del vínculo entre el desarrollo económico y la acción política como un vínculo *externo*. Esta concepción, en efecto, subyace tras todas las posiciones porque, como se puede apreciar ahora, todas comparten el mismo argumento básico: la acción política que supera al capitalismo —sea reformista o revolucionaria— surge como reacción a una situación económica crítica, sea ésta la “explotación” y la “miseria”, o bien la “crisis” o la “distribución de la riqueza”. Aquí la situación económica concreta se presenta siempre como el producto del proceso de acumulación de capital concebido como un fenómeno exclusivamente económico que se desarrolla por sí mismo, esto es, abstraído de toda mediación política. A su vez, y como contraparte, la acción política de la clase obrera que supera al capitalismo forzosamente se presenta como un fenómeno ajeno a la acumulación de capital y cuya razón de existir resulta de este modo indefinida. En pocas palabras, desarrollo económico y acción política se presentan en un vínculo externo porque en todos los casos se les concibe desde el inicio como fenómenos autoconstituídos de manera previa a su relación. Realizado sobre la base de esta concepción común, no debería sorprender que el debate no haya producido resultados concluyentes y más bien, simplemente, se haya diluido.

Ante todo, si se parte de extirpar un fenómeno de la unidad que lo constituye como tal inevitablemente se lo convierte en una abstracción. Pero además no hay modo de restituir la unidad en cuestión una vez que se ha pretendido desarrollar por sí mismo lo que se ha extirpado de ella. Por eso el proyecto de responderse por la superación del capitalismo partiendo de romper la unidad que constituye el capitalismo mismo como modo de producción de la vida humana estaba condenado al fracaso desde el inicio. Esta forma de proceder, sin embargo, es completamente ajena al método de Marx, que precisamente se caracteriza por asir la unidad en la diferencia.

La conclusión de que las limitaciones de la controversia sobre el derrumbe surgen de las insuficiencias metodológicas que están implícitas en las concepciones en disputa, fue advertida por Marramao (1982) a fines de la década de 1970. Este autor consideraba que si se concebía la crítica marxiana de la economía política como una crítica lo mismo de las formas objetivas de la relación social que de las “formas de conciencia cosificadas”, el propio método dialéctico de “exposición” desarrollado por Marx debía conducir necesariamente a una explicación “*científica de la conciencia de clase*” y de la superación del capitalismo (Marramao, 1982: 140-141). De este modo, concluía Marramao, “el proceso de la génesis del *Klassenbewusstsein* [conciencia de clase] *se explica* por lo tanto a partir del proceso de producción-reproducción, desde el interior de la objetividad de las relaciones sociales, [en vez de ser] presupuesto como resultado de una autonomía irreductible” (Marramao, 1982: 183). Desafortunadamente, este autor no realizó nunca este programa de investigación. Sin embargo, desde entonces —como de hecho ya lo advertía el mismo Marramao— en los debates marxistas comenzó a ponerse de manifiesto la relevancia del método dialéctico para la comprensión de la crítica marxiana de la economía política.

El primer paso en este sentido lo dio un grupo de marxistas alemanes ulteriormente conocidos con la etiqueta *Neue Marx-Lektüre* (Backhaus, 1978; Reichelt, 2013; Schmidt, 1973). En contraposición a las investigaciones tradicionales sobre el método dialéctico, en general vinculadas a la comprensión de las “grandes leyes” de la existencia de la realidad material (Engels, 1979; Plejanov, 1964; Lenin, 1974a), este grupo de autores se especializó en la investigación del papel del método dialéctico en la crítica marxiana de la economía política. Estas investigaciones, sin embargo, tuvieron dos limitaciones. En primer lugar, aún las más ambiciosas no pasaron de los primeros capítulos de *El capital*; y en segundo lugar, hasta pasados varios años quedaron prácticamente encapsuladas en Alemania sin alcanzar nunca una difusión signifi-

cativa.⁵ El proyecto de vincular el método dialéctico con la crítica marxiana de la economía política recién cobró nuevo ímpetu, mayor concreción, y un verdadero alcance internacional, con los trabajos de lo que actualmente se conoce como la “nueva dialéctica” (Murray, 1988, Smith, 1990; Moseley, 1993; Moseley y Campbell, 1997; Arthur, 2002; Albritton y Simoulidis, 2003; Robles Báez, 2005; Moseley y Smith, 2014). De manera general, se puede decir que estas nuevas investigaciones encontraron que la estructura argumental de *El capital* está organizada bajo una forma que encuentra inspiración formal en el despliegue de categorías presentado en la *Lógica* de Hegel. Así pues, la exposición de Marx es vista como el desarrollo del capital desde sus formas más simples hasta sus más complejas, en un movimiento que se caracteriza, parafraseando a Marx, como la “reproducción” de la vida interna de dicho objeto mediante el pensamiento. A su vez, en la medida en que el pasaje o la transición de una forma del capital a otra se la concibe como brotando del desarrollo de las contradicciones inmanentes de cada forma en cuestión, los vínculos entre las mismas son concebidos como inmanentes y necesarios, en abierta contraposición a la exterioridad propia del uso de la lógica formal. De esta manera, el método dialéctico cierra las puertas a cualquier tipo de conexión exterior entre los fenómenos bajo estudio. En concreto, esto significa que, si se es consecuente con este método, ya no cabe solucionar el problema de la superación del capitalismo desarrollando, por un lado, la dinámica abstracta de la acumulación de capital, y desarrollando por otro la acción política o la conciencia revolucionaria de la clase obrera. En pocas palabras, ya no cabe presentar la superación del capitalismo como consecuencia de una “reacción” de la clase obrera a una situación económica exterior a ella.

Específicamente en relación con la cuestión del vínculo entre el desarrollo económico y la acción política, el resultado más fructífero que arrojaron estas investigaciones fue el reconocimiento del capital como el sujeto enajenado de la sociedad capitalista. Así, como tempranamente lo presentó Robles Báez, si se hace una lectura metodológicamente fundada de *El capital* se descubre que “el objetivo de Marx no es solamente explicar el capital como una simple determinación del dinero sino, lo más importante, explicar el capital como capital, es decir, como valor en tanto que sujeto del modo de producción capitalista que se constituye por sí mismo por medio de sus propias deter-

⁵ Una evaluación crítica de los límites de este enfoque para dar cuenta de los fundamentos de la subjetividad revolucionaria de la clase obrera, se encuentra en Starosta (2017).

minaciones” (Robles Báez, 1997b: 137). Así pues, “los ‘sujetos’ individuales, obreros y capitalistas, aparecen como ‘portadores’ de este sujeto porque son ‘portadores’ de dinero y de mercancías como momentos del capital” (Robles Báez, 1997a: 3). En otras palabras, si se reconoce al capital como la relación social general a través de la cual se realiza la organización de la vida social y, más específicamente, como una relación social autonomizada que se pone en marcha automáticamente, entonces la acción de los individuos como miembros de la sociedad ya no aparece como un fenómeno exterior al proceso económico de acumulación de capital sino como un momento necesario del mismo; o bien, para ponerlo en los términos en que lo solía presentar Marx, en el capitalismo los individuos “no son más que personificaciones de las relaciones económicas como portadoras de las cuales [...] se enfrentan mutuamente” (Marx, 1999a: 104). De este modo, la acción política que supera al capitalismo, en cuanto es una acción que tiene lugar en el capitalismo, tiene que ser necesariamente explicada como un momento del desarrollo del capital. Así, al afirmar que el capitalismo se supera por la propia dinámica de la acumulación de capital se afirma igualmente que se supera a través de la acción política de la clase obrera. En concreto, si se es consecuente con el método dialéctico y, sobre esta base, con el reconocimiento del capital como el sujeto concreto de la unidad de la vida social, no hay modo de recaer ni en el “economicismo” ni en el “voluntarismo”.

Sin embargo, las implicaciones que tiene la adopción del método dialéctico para la cuestión de la superación del capitalismo no fueron abordadas por ninguno de los autores referidos. Más aún, en los pocos casos donde se plantea la cuestión se acaba retrocediendo a la concepción marxista tradicional en vez de superarla. Por ejemplo, Arthur considera que la acción revolucionaria de la clase obrera no cabe dentro del análisis marxiano del capital porque ahí los obreros no aparecen como “seres humanos” sino únicamente como “portadores” del movimiento del capital (Arthur, 2006: 106). Luego, concluye este autor que

aún seguimos necesitando dar cuenta de cómo el trabajo asalariado se reproduce a sí mismo, y se embarca en una trayectoria autotranscendental de contestación y superación del capital, como distinto de una crítica de su explotación capitalista [...] en este sentido, mi posición es cercana a la de Lebowitz (Arthur, 2006: 106-110).

Otro caso ilustrativo de este mismo tipo de argumentación es el citado trabajo de Robles Báez. Este caso es interesante porque se da en el contexto de una aguda crítica al enfoque del “materialismo posmoderno” donde el au-

tor resuelve de modo muy convincente el falso dilema entre “estructuralismo” y “humanismo” precisamente presentando la acción individual como “portadora” del movimiento del capital en cuanto sujeto de la sociedad capitalista. Así, según este autor, la originalidad de la crítica marxiana de la economía política es que, al reconocer al capital como el sujeto de la sociedad capitalista, presenta a los individuos como “sujetos”, tal como sostiene el humanismo, y al mismo tiempo como “no-sujetos”, tal como sostiene el estructuralismo antihumanista, resolviendo de este modo la falsa dicotomía presentada por ambos enfoques (Robles Báez, 1997a: 10). Sin embargo, a la hora de abordar la cuestión de la superación del capitalismo, la acción de los individuos para superar su enajenación en el capital se presenta brotando desde fuera del propio movimiento del capital, como una lucha entre la afirmación de los seres humanos como sujetos y su subsunción como portadores del movimiento del capital. En sus palabras:

Esta contradicción nunca será resuelta en tanto el capital reine como el sujeto de la sociedad capitalista y por tanto mientras los individuos deban someterse a los imperativos del capital. [...]. Permítaseme ilustrar esto con la emergencia de movimientos como el de mujeres, de etnias, de minorías, de razas, de homosexuales y demás. [...] Estos movimientos muestran que estos están experimentando, hasta cierto punto, la condición de devenir sujeto, o de lucha por ser sujetos (Robles Báez, 1997a: 20).

En síntesis, a pesar de haber recuperado el método dialéctico para comprender la crítica marxiana de la economía política y haber reconocido sobre esa base al capital como el sujeto de la sociedad capitalista, dichos autores no desarrollaron estos resultados de sus investigaciones hasta el punto de reconocer a la “acción revolucionaria” de la clase obrera como un momento necesario en la reproducción —y por tanto en la superación— del capital.

*Una alternativa congruente con el método dialéctico
y con los fundamentos de la crítica marxiana de la economía política*

A la luz del debate marxista sobre el derrumbe del capitalismo, el desafío que impone abordar la cuestión de la superación del capitalismo desde el método que fundamenta a la crítica marxiana de la economía política, pasa por reconocer y precisar la unidad entre el desarrollo de la acumulación de capital y

la acción política revolucionaria de la clase obrera. A mi entender, la dilucidación de esta unidad puede encontrarse en la obra reciente de Iñigo Carrera (2008, 2013, 2014a, 2014b), presentada ulteriormente en un contexto más amplio de debates por Starosta (2012, 2015, 2017). El limitado espacio del presente capítulo nos impide una presentación detallada de los argumentos ofrecidos por estos autores, así como una discusión más comprensiva de los textos de Marx en donde se presentan las determinaciones que hacen a la referida unidad entre acumulación de capital y acción política revolucionaria. No obstante, en lo que sigue repongo algunos puntos fundamentales de esta lectura de la crítica marxiana que permiten ofrecer una alternativa a las posiciones presentes en el debate sobre el “derrumbe” del capitalismo.

Ante todo, esta lectura pone a la determinación de la conciencia por el ser social como el punto de partida de la crítica marxiana de la economía política. De este modo, y en consonancia con la lectura desarrollada por la “nueva dialéctica”, se reconoce el despliegue de la forma de valor con que inicia esta crítica como el develamiento de la forma enajenada en que los individuos organizan su participación en el proceso de vida social como “personificaciones” de las mercancías. En palabras de Marx, que en esta forma de sociedad los individuos están sujetos a “un movimiento de cosas bajo cuyo control se encuentran, en lugar de controlarlas” y que con su “acción”, sólo pueden confirmar “las leyes de la naturaleza inherente a las mercancías” (Marx, 1999a: 91; 105-106). En suma, tal como lo sintetiza Iñigo Carrera, que “la conciencia y voluntad libres del productor de mercancías” no es otra cosa que “la forma en que se realiza la enajenación de su conciencia y voluntad como atributos de la mercancía” (2007: 59). Desde el punto de vista del método que fundamenta la crítica marxiana de la economía política, este reconocimiento del vínculo existente entre la mercancía en tanto relación social general y la conciencia deja dos conclusiones centrales para la investigación sobre la unidad del desarrollo económico y la acción política de la clase obrera: en primer lugar, desde este momento de la exposición dialéctica en adelante no puede surgir ninguna acción humana que no sea el vehículo de la realización del movimiento de la relación económica; en segundo lugar, y en consecuencia, la necesidad de la acción revolucionaria de la clase obrera sólo puede surgir del desarrollo de esta relación económica en sus más formas concretas de existencia.

Desde un punto de vista “materialista, y por consiguiente científico”, el único lugar de donde puede surgir una transformación en la conciencia de una clase de individuos o, como lo pone Marx, en “sus representaciones inte-

lectuales”, es de una transformación en “el proceso de producción inmediato de su existencia” (Marx, 1999b: 453 n.). En consecuencia, de acuerdo con este enfoque, para explicarse la necesidad del desarrollo de una conciencia y por lo tanto de una acción revolucionaria, hay que avanzar en el despliegue de la relación mercantil hasta su forma de existencia como vehículo del desarrollo de las fuerzas productivas. Marx presenta al capital como esta forma concreta de la relación social general en el examen de las formas de producción de plusvalor relativo. Sobre todo en su forma más potente —el “sistema de la maquinaria”— encontramos que las transformaciones en la subjetividad de la clase obrera pasan por la degradación del obrero a la condición de “apéndice viviente” de la maquinaria, así como por su transformación en “*población superflua [...] para la autovalorización del capital*” (Marx, 1999b: 515-524). Al mismo tiempo, sin embargo, Marx señala que esta misma transformación en el proceso de trabajo que mutila la subjetividad productiva de la clase obrera lleva consigo la producción de un “individuo totalmente desarrollado, para el cual las diversas funciones sociales son modos alternativos de ponerse en actividad” (Marx, 1999b, p. 594). Ahora bien, esta producción de un “individuo plenamente desarrollado” choca con la producción de un individuo que no puede controlar las potencias sociales de su propia actividad por estar enajenado en el capital. Esta contradicción inmanente a la producción capitalista está desarrollada más plenamente por Marx en sus borradores. Allí, como lo discute *in extenso* Starosta (2012), se presenta la producción de este “individuo plenamente desarrollado” directamente como la forma esencial en que “el capital trabaja [...] en favor de su propia disolución” (Marx, 1997: 222). Así, en contraposición con la visión marxista tradicional según la cual la tendencia más general del capital es a degradar la subjetividad productiva de la clase obrera, aquí se presenta como eje la tendencia a desarrollar en el obrero la capacidad para controlar de manera plenamente consciente su proceso de trabajo, lo cual incluye su carácter social general, es decir, su participación en la organización del proceso de vida social. Por lo tanto, lo que en un caso lleva a presentar un vínculo exterior entre el desarrollo económico y la subjetividad revolucionaria, en el otro lleva a presentar un vínculo inmanente entre los mismos.

El último punto esencial en el descubrimiento de la acción revolucionaria de la clase obrera como un momento del desarrollo del capital —en rigor, ya implícito en el punto anterior— es el reconocimiento de la “contradicción absoluta” que existe entre el carácter privado del trabajo que fundamenta la forma de valor y la tendencia del capital a socializar el trabajo. Aunque el

examen del proceso de producción de plusvalor relativo y de la concentración y centralización del capital ya pone en evidencia esta contradicción, Marx recién la presenta explícitamente en el célebre apartado sobre la “tendencia histórica de la acumulación capitalista”. Ahí esta contradicción se presenta en dos pasos. En primer lugar, como una contradicción entre la producción fundada en “la propiedad privada del trabajador sobre sus medios de producción” y la producción capitalista donde los medios de producción están “socialmente concentrados”. Y en segundo lugar, como una contradicción propia del modo de producción capitalista, donde la “socialización [...] del trabajo” ya no pasa por la expropiación del “trabajador que labora por su propia cuenta”, sino por la “centralización de los capitales”. Así pues, en cuanto esta socialización choca por definición contra el propio carácter privado del trabajo, “la centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en que son incompatibles con su corteza capitalista” (Marx, 2000: 953). Y en cuanto se trata de un movimiento propio del capital no cabe aquí buscar al sujeto revolucionario en otro lado que no sea en el desarrollo de este mismo movimiento. Por eso, y en correspondencia con el descubrimiento del desarrollo de la subjetividad productiva capaz de tomar en sus manos el control consciente de la producción social, Marx presenta aquí al crecimiento de la “rebeldía de la clase obrera, una clase [...] que es disciplinada, unida y organizada por el mecanismo mismo del proceso capitalista de producción” (Marx, 2000: 953). En suma, tal como lo presenta Iñigo Carrera, “el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo libre inmediatamente social como un atributo de su negación, o sea, del trabajo privado, es la contradicción que sintetiza las potencias históricas y el límite del modo de producción capitalista” (2013: 37-38).

El punto esencial de este enfoque es que la acción política revolucionaria de la clase obrera surge como una necesidad del capital de producir plusvalor relativo; es decir: porque el capital necesita avanzar en la centralización del capital para producir plusvalor es que necesita invertir a la clase obrera con la capacidad para organizar de manera plenamente consciente el proceso entero de producción social y, por lo tanto, con la capacidad para abolirlo como el sujeto enajenado de este mismo proceso. En otras palabras, el proceso acabado de socialización del trabajo que emerge como una necesidad del capital, está portado en la acción política revolucionaria de la clase obrera. Por consiguiente, a diferencia del enfoque marxista tradicional —que por presentar en un vínculo externo el desarrollo económico y la acción política revolucionaria, forzosamente cae en el dilema de “economicismo” o “voluntarismo”—,

este enfoque logra presentar una explicación consistente de la superación del modo de producción capitalista como el producto tanto del desarrollo del capital como de la acción política revolucionaria de la clase obrera.

Conclusión

Lo primero que salta a la vista en el análisis de las principales posiciones presentadas en el debate sobre el derrumbe del capitalismo, es que de la concepción que se adopte sobre la dinámica de la acumulación de capital no se desprende un tipo particular de acción política. En efecto, hemos visto que autores de las tendencias políticas más diversas caen indistintamente en ambos lados del debate respecto de la posibilidad de la acumulación de capital para reproducirse sobre su propia base. Como ya lo hemos advertido, esto sucede porque todos los autores que participan en el debate tienen la misma concepción del vínculo entre el desarrollo económico y la acción política. Para todos, el desarrollo económico transcurre por sí mismo generando situaciones económicas críticas a las que se opone la acción política de la clase obrera. Así, tanto uno como el otro se presentan como fenómenos autoconstituidos previamente a su relación y, por lo tanto, vinculados exteriormente. Luego, es por entero indiferente que la acción política de la clase obrera sea reformista o revolucionaria, ya que en cualquier caso no se deriva del desarrollo económico.

Además hemos visto que el curso final del debate —donde, una vez en evidencia esta desconexión entre el desarrollo económico y el tipo de acción política, se gira hacia una confrontación entre las posiciones acusadas de “economicistas” o “voluntaristas”— tiene las mismas limitaciones. Como la relación entre desarrollo económico y acción política sigue siendo una relación externa, dichas posiciones no pueden sino recaer permanentemente en ambos polos de dicho dilema, sin poder superarlo; esto es, nunca pueden desarrollar el papel de un polo en la superación del capitalismo sin acabar negando al otro. En concreto, si se afirma que la acumulación de capital lleva por sí misma al derrumbe del sistema, entonces se cae en el economicismo; y si a continuación se sostiene que la superación del capitalismo depende de la acción política de la clase obrera en oposición al desarrollo económico, entonces se cae en el voluntarismo. Lo que no se puede hacer nunca bajo esta concepción es afirmar las dos cosas al mismo tiempo.

En contraposición a esta forma de abordar la cuestión de la superación del capitalismo, en la última parte de este capítulo hemos visto que una lectura me-

todológicamente fundada de la crítica de la economía política permite superar los principales dilemas presentados en el debate. Este abordaje contrapone, en primer lugar, un método de conocimiento que “reproduce la vida interna del objeto” a examinar donde la transición de una forma a otra pasa por el desarrollo de las contradicciones inmanentes a cada forma en cuestión y, en consecuencia, no deja lugar a ningún tipo de vínculo exterior entre el desarrollo económico y la acción política. En segundo lugar, contrapone el reconocimiento del capital como el sujeto de la sociedad capitalista y, en consecuencia, el reconocimiento de la acción de los individuos como la portadora de la reproducción del capital. De este modo, se supera el dilema entre “economicismo” y “voluntarismo” en cuanto se reconoce que afirmar que la superación del capitalismo depende del desarrollo de la acumulación de capital implica afirmar que el capitalismo se supera a través de la acción revolucionaria de la clase obrera.

Finalmente, se ha llamado la atención respecto a que los autores de las corrientes marxistas que reconocen la importancia del método dialéctico para la comprensión de la crítica de la economía política, y al capital como el sujeto de la sociedad, no desarrollan, sin embargo, sus argumentaciones hasta el punto de presentar a la acción revolucionaria de la clase obrera como un momento del movimiento del capital. En consecuencia, cuando estos autores enfrentan la cuestión de la superación del capitalismo acaban recayendo en los mismos argumentos que emergen del debate sobre el derrumbe del capitalismo. En contraposición, y con base en un enfoque desarrollado recientemente dentro de la literatura especializada, se han presentado sintéticamente los puntos más sobresalientes del desarrollo que conduce al reconocimiento de la acción revolucionaria de la clase obrera como un momento en el desarrollo del ciclo vital del capital

Bibliografía

- Albritton, R., y J. Simoulidis (2003), *New Dialectics and Political Economy*, Palgrave, Basingstoke.
- Angus, I. (2015), “The Origin of Rosa Luxemburg’s Slogan Socialism or Barbarism”, disponible en <<https://johnriddell.com/2014/10/21/the-origin-of-rosa-Luxemburgs-slogan-socialism-or-barbarism/>>
- Arthur, C. (2002), *The New Dialectic and Marx’s Capital*, Brill, Leiden.
- (2006), “The Inner Totality of Capitalism”, en *Historical Materialism*, vol. 14, núm. 3, pp. 85-111.

- Backhaus, H. (1978), "La dialéctica de la forma de valor", en *Dialéctica*, vol. 4, pp. 9-34.
- Bauer, O. (1978), "La acumulación de capital", en L. Colletti (ed.), *El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo*, Siglo XXI, México.
- Bernstein, E. (1982), "La teoría del derrumbe y la política colonial", en *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Siglo XXI, México.
- Boudin, L. B. (1920), *The Theoretical System of Karl Marx in the Light of Recent Criticism*, Charles H. Kerr & Company, Chicago.
- Bujarin, N. (1974), *El imperialismo y la acumulación de capital*, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires.
- Bulgákov, S. N. (2015), *Sobre el problema de los mercados en la producción capitalista*, trad. de A. A. González, Mimeo, Buenos Aires.
- Colletti, L. (1975), "Bernstein y el marxismo de la segunda internacional", en L. Colletti, *Ideología y sociedad*, Fontanella, Barcelona.
- (1978), "Introducción", en L. Colletti (comp.), *El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo*, Siglo XXI, México.
- Danielson, N. F. (1902), *Histoire du développement économique de la Russie depuis l'Affranchissement des serfs*, V. Girard and E. Briere, París.
- Eckstein, G. (2012), "Rosa Luxemburg's The Accumulation of Capital: A Critique", en R. B. Day y D. Gaido (eds.), *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I*, Brill, Leiden.
- Engels, F. (1979), *Dialéctica de la naturaleza*, OME 36, Grijalbo, Barcelona.
- Gaido, D., y M. Quiroga (2013), "La teoría del imperialismo de Rosa Luxemburgo y sus críticos: la era de la Segunda Internacional", en *Crítica Marxista*, núm. 37, pp. 113-132.
- Grossmann, H. (1979), *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Siglo XXI, México.
- Hilferding, R. (1963), *El capital financiero*, Tecnos, Madrid.
- Howard, M. C., y J. E. King (1988), "Henryk Grossmann and the Break-down of Capitalism", en *Science y Society*, vol. 52, núm.3, pp. 290-309.
- Íñigo Carrera, J. (2007), *Conocer el capital hoy. Usar críticamente El capital, vol. I, La mercancía, o la conciencia libre como forma de la conciencia enajenada*, Imago Mundi, Buenos Aires.
- (2008), "Crisis de sobreproducción general y crisis absoluta del modo de producción capitalista", en *Razón y Revolución*, núm. 18, pp. 95-110.
- (2013), *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Imago Mundi, Buenos Aires.

- _____ (2014a), "Dialectics on Its Feet, or the Form of the Consciousness of the Working Class as Historical Subject", en F. Moseley y T. Smith (eds.), *Marx's Capital and Hegel's Logic. A Reexamination*, Brill, Leiden.
- _____ (2014b), "The Historical Determination of the Capitalist Mode of Production and of the Working Class as the Revolutionary Subject", en *Critique: Journal of Socialist Theory*, vol. 42, núm. 4, pp. 555-572.
- Jacoby, R. (1975), "The Politics of Crisis Theory: Toward the Critique of Automatic Marxism II", en *Telos*, núm. 23, pp. 3-52.
- Kautsky, K. (1910), *The Class Struggle (Erfurt Program)*, Charles H. Kerr y Company / Co-Operative, Chicago.
- _____ (1966), *La doctrina socialista. Réplica al libro de Eduardo Bernstein Socialismo teórico y socialismo práctico*, Claridad, Buenos Aires.
- _____ (1978), "Teoría de las crisis", en L. Colletti (ed.), *El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo*, Siglo XXI, México.
- _____ (1988), *The Materialist Conception of History*, Universidad de Yale, New Haven.
- Kindersley, R. (1962), *The First Russian Revisionists. A Study of Legal Marxism in Russia*, Clarendon Press, Oxford.
- Korsch, K. (1978a), "Algunos supuestos básicos para una discusión materialista de la teoría de las crisis", en A. Pannekoek, K. Korsch y P. Mattick, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, Cuadernos de Pasado y Presente, México.
- _____ (1978b), "Fundamentos de una teoría revolucionaria de las crisis", en A. Pannekoek, K. Korsch y P. Mattick, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, Cuadernos de Pasado y Presente, México.
- Krätke, M. (2016), "On the Beginnings of Marxian Macroeconomics", en J. Dellheim y O. W. Frieder, *Rosa Luxemburg: A Permanent Challenge for Political Economy. On the History and the Present of Luxemburg's "Accumulation of Capital"*, Palgrave Macmillan, Londres.
- Kuhn, R. (2004), "Economic Crisis and Socialist Revolution: Henryk Grossman's Law of Accumulation, Its First Critics and His Responses", en *Research in Political Economy*, vol. 21, pp. 181-221.
- Lenin, V. I. (1968), "Carta a la redacción del periódico Sotsial-Demokrat", en V. I. Lenin, *Correspondencia*, t. II, Estudio, Buenos Aires.
- _____ (1974a), "Cuadernos filosóficos", en V. I. Lenin, *Obras completas*, t. XLII, Progreso, Madrid.
- _____ (1974b), "El contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve. (Reflejo del marxismo en la literatura burguesa)", en V. I. Lenin, *Obras completas*, t. I, Akal, Madrid.

- _____ (1974c), “El desarrollo del capitalismo en Rusia: proceso de la formación del mercado interior para la gran industria”, en V. I. Lenin, *Obras completas*, t. III, Akal, Madrid.
- _____ (1974d), “El llamado problema de los mercados”, en V. I. Lenin, *Obras completas*, t. I, Akal, Madrid.
- _____ (1974e), “Para una caracterización del romanticismo económico. Sismondi y nuestros sismondistas nacionales”, en V. I. Lenin, *Obras completas*, t. II, Akal, Madrid.
- _____ (1976), “¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento”, en V. I. Lenin, *Obras completas*, t. V, Akal, Madrid.
- _____ (1977a), “Carlos Marx (Breve esbozo biográfico con una exposición del marxismo)”, en V. I. Lenin, *Obras completas*, t. XXII, Akal, Madrid.
- _____ (1977b), “The Editor of Bremer Bürger-Zeitung”, en V. I. Lenin, *Lenin Collected Works*, vol. 43, Progreso, Moscú.
- Luxemburgo, R. (1968a), *La acumulación de capital*, Talleres Gráficos Americanos, Buenos Aires.
- _____ (1968b), “La acumulación de capital o en qué han convertido los epígonos la teoría de Marx. Una anticrítica”, en R. Luxemburgo, *La acumulación de capital*, Talleres Gráficos Americanos, Buenos Aires.
- _____ (2008), “El folleto Junius: la crisis de la socialdemocracia alemana”, en R. Luxemburgo, *Obras escogidas*, en Izquierda Revolucionaria.
- _____ (2010), *¿Reforma o revolución?*, Luxemburgo, Buenos Aires.
- Marramao, G. (1976), “Teoría del derrumbe y el capitalismo organizado en las discusiones del ‘extremismo histórico’”, en G. Marramao, *Lo político y las transformaciones. Crítica del capitalismo e ideologías de la crisis entre los años 20 y 30*, Pasado y Presente, México.
- _____ (1982), “Teoría de la crisis y el problema del Estado. Al margen de la Konstitutionsproblematik”, en G. Marramao, *Lo político y las transformaciones. Crítica del capitalismo e ideologías de la crisis entre los años 20 y 30*, Pasado y Presente, México.
- Marx, K. (1997), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, vol. II, Siglo XXI, México
- _____ (1999a), *El capital. Crítica de la economía política*, t. I, vol. 1, Siglo XXI, México.
- _____ (1999b), *El capital. Crítica de la economía política*, t. I, vol. 2, Siglo XXI, México.
- _____ (2000), *El capital. Crítica de la economía política*, t. I, vol. 3, Siglo XXI, México.

- Mattick, P. (1934), "The Permanent Crisis. Henryk Grossman's Interpretation of Marx's Theory of Capitalist Accumulation", en *International Council Correspondence*, vol. 1, núm. 2, pp. 1-20.
- (1978a), "La crisis mortal del capitalismo", en A. Pannekoek, K. Korsch y P. Mattick, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, Pasado y Presente, México.
- (1978b), "Sobre la teoría marxiana de la acumulación y del derrumbe", en A. Pannekoek, K. Korsch y P. Mattick, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, Pasado y Presente, México.
- Moseley, F. (1993). *Marx's Method in Capital: a Reexamination*, Humanities Press, Atlantic Highlands.
- , y M. Campbell (1997), *New Investigations of Marx's Method*, Humanities Press, Atlantic Highlands.
- , y T. Smith (2014), *Marx's Capital and Hegel's Logic. A Reexamination*, Brill, Leiden.
- Murray, P. (1988), *Marx's Theory of Scientific Knowledge*, Humanities Press International, Atlantic Highlands.
- Pannekoek, A. (1978), "La teoría del derrumbe del capitalismo", en A. Pannekoek, K. Korsch y P. Mattick, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, Pasado y Presente, México.
- (2012), "Review of Rosa Luxemburg: The Accumulation of Capital: A Contribution to the Economic Explanation of Imperia", en R. B. Day y D. Gaido (eds.), *Discovering Imperialism. Social Democracy to World War I*, Brill, Leiden.
- Plejanov, G. (1964), "La concepción monista de la historia", en G. Plejanov, *Obras escogidas*, t. I, Quetzal, Buenos Aires.
- Reichelt, H. (2013), *Sobre a estrutura lógica do conceito de capital em Karl Marx*, Unicamp, Campinas.
- Robles Báez, M. L. (1997a), *Marx and Postmodern Materialism: on the Subject of Capitalism*, Universidad de Massachusetts, Massachusetts.
- (1997b), "Marx: sobre el concepto de capital", en *Economía: teoría y práctica*, vol. 7, pp. 129-156.
- (2005), *Dialéctica y capital. Elementos para una reconstrucción de la crítica de la economía política*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México.
- Rosdolsky, R. (1989), *Génesis y estructura de El capital de Marx*, Siglo XXI, México.
- Schmidt, A. (1973), *Historia y estructura. Crítica del estructuralismo marxista*, Alberto Corazón, Madrid.

- Schmidt, C. (1915), “Rosa Luxemburg: Die Akkumulation des Kapitals”, en *Archiv für Sozialwissenschaft und Socialpolitik*, vol. 39, pp. 256-261.
- (1978), “Contribución a la teoría de las crisis comerciales y de la sobreproducción”, en L. Colletti (ed.), *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*, Siglo XXI, México.
- Shaikh, A. (1978), “An Introduction to the History of Crisis Theories”, en *U.S. Capitalism in Crisis, Union of Radical Political Economists*, Nueva York.
- Smith, T. (1990), *The Logic of Marx’s Capital. Replies to Hegelian Criticisms*, SUNY, Albany.
- Starosta, G. (2012), “El sistema de maquinaria y las determinaciones de la subjetividad revolucionaria en los Grundrisse y El capital” en G. Caligaris y A. Fitzsimons (eds.), *Relaciones económicas y políticas: aportes para el estudio de su unidad con base en la obra de Karl Marx*, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- (2015), *Marx’s Capital, Method and Revolutionary Subjectivity*, Brill, Leiden.
- (2017), “Fetichismo y revolución en la teoría marxista contemporánea: una evaluación crítica de la *Neue Marx-Lektüre* y el *Marxismo abierto* en clave metodológica”, en *Revista Izquierdas*, núm. 37, pp. 162-190.
- Sternberg, F. (1979), *El imperialismo*, Siglo XXI, México.
- Sweezy, P. (1973), *Teoría del desarrollo capitalista*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Tudor, H., y J. Tudor (1988), *Marxism and Social Democracy: The Revisionist Debate 1896-1898*, Universidad de Cambridge, Cambridge.
- Tugán-Baranovsky, M. (2000), “Studies on the Theory and the History of Business Crises in England”, Parte I, Theory and History of Crises, caps. 1 y 7, en *Research in Political Economy*, vol. 18, pp. 53-110.
- (2015), *Las crisis industriales en la Inglaterra moderna, sus causas e influencia sobre la vida social*, trad. de A. González, Mimeo, Buenos Aires.
- Venturi, F. (1981), *El populismo ruso*, Alianza, Madrid.
- Von Laue, T. H. (1954), “The Fate of Capitalism in Russia: The Narodnik Version”, en *American Slavic and East European Review*, vol. 13, núm. 1, pp. 11-28.
- Vorontsov, V. (1882), *Sud’by Kapitalizma v Rossii*, Stasivlevicha, San Petersburgo.
- Walicki, A. (1971), *Populismo y marxismo en Rusia*, Estela, Barcelona.
- Zasúlich, V. (1980), “Carta de Zasúlich a Marx del 16 de febrero de 1881”, en K. Marx y F. Engels, *Escritos sobre Rusia II. El porvenir de la comuna rusa*, Cuadernos de Pasado y Presente, México.